

En busca de la verdad del sexo

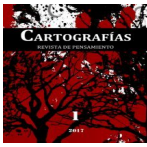
Volver a leer a Michel Foucault

ALÍN SALOM

“Occidente y la verdad del sexo” es el título de un breve artículo publicado por Foucault en *Le Monde*, en noviembre de 1976¹, cuya lectura proponemos al Grupo de Filosofía del Garraf. Foucault lo escribe a raíz de la publicación del primer volumen de su *Historia de la sexualidad: La voluntad de saber*, tema que ya había comenzado a trabajar desde el curso 1970-71, en el Collège de France. La pregunta planteada en el artículo es: ¿Cómo se produce la verdad del sexo? Pretendemos en este artículo retomar la reflexión de Foucault al respecto cuatro décadas después.

La explosión discursiva

Foucault da un vuelco a la idea comúnmente aceptada (en 1976) de que pesa una terrible represión sobre el sexo en la sociedad occidental cristiana. Afirma el filósofo que se trata de un prejuicio y que la sociedad occidental no ha sido una sociedad mojigata ni reprimida hasta mediados del siglo XX, contrariamente a lo que hemos creído siempre, a lo que nos han hecho creer Reich, Marcuse y Mayo ‘68. Por el contrario, la sociedad occidental no ha hecho más que hablar de sexo; se ha dedicado con vehemencia a hacer hablar al sexo. Ha pretendido que todo fuera dicho, todo fuera mostrado; ha llevado lo sexual a una verbosidad sin fin. Hay, en la sociedad occidental, una especie de “explosión discursiva” sobre el sexo. El texto inaugural de esta explosión discursiva es *Las joyas indiscretas* de Diderot, un *divertimento* que, sin embargo, da en el clavo: el Sultán Mangogul del Congo recibe, de un genio que se llama Cucufa (leer en voz alta en francés, para regocijarse), un anillo mágico que tiene el poder de hacer hablar a las vulvas, *les bijoux*, las joyas de las mujeres. El parloteo de las joyas es hilarante. Desde luego está visto que hay muchos tipos de anillos, desde Giges a Mangogul, de Mangogul a Tolkien –¿no daría eso para un TR?



La dialéctica de la culpabilización y la incitación

Evidentemente, no todos los discursos sobre el sexo son tan alegres. No podemos negar que hubo cierto secreto, cierta ocultación, rechazo y culpabilización de lo sexual en la civilización occidental cristiana. Pero, en el fondo, toda esa represión, esa culpabilización, ha estado al servicio de la incitación al sexo, dice Foucault. Prohibir es señalar con claridad meridiana un destino para el deseo. El sujeto habitualmente no sabe qué desear –desear no es fácil. La prohibición señala con el dedo lo deseable, invita a transgredir, funciona como una promesa de goce. Las interdicciones de la moral sexual occidental son, dice Foucault, trampas. La ley no es solo negativa, no se limita a prohibir, sino que incita fundamentalmente. La Iglesia primero, la Justicia después y finalmente la Medicina, van a ir apoderándose sucesivamente de la verdad del sexo; y a través de él ejercerán un cierto poder sobre los sujetos.

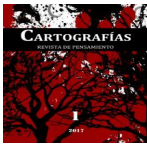
En busca obsesiva de la verdad del sexo : confesión, judicialización, medicalización

En un primer momento, la Iglesia comienza con la culpabilización del sexo y exige que cada sujeto confiese su verdad, ¡es decir, su sexualidad! –idea estafalaria que jamás se les habría ocurrido a los griegos. La confesión, inventada por la Iglesia, se convierte en la matriz general de todas las confesiones. “El hombre en Occidente ha llegado a ser un animal de confesión”, dice Foucault. Para botón de muestra, el psicoanálisis, según Foucault.

En un segundo momento, los pecados son judicializados. Por tanto sigue exigiéndose la confesión, la cual permite a la sociedad occidental no únicamente castigar, sino elaborar un gigantesco archivo, una clasificación *more* botánico, de los placeres del sexo.

En un tercer momento, el sexo se desjudicializa, aunque solo sea parcialmente, y pasa a ser medicalizado y psiquiatrizado. El sujeto se sigue confesando, pero no al sacerdote, sino al médico o al psiquiatra. El poder judicial-médico-pedagógico reina sobre el cuerpo y el sexo: histeriza el cuerpo de la mujer, pedagogiza el sexo del niño, socializa las conductas procreadoras y medicaliza las sexualidades disidentes.

En el siglo XX, se acaban los grandes gestos heroicos de quienes desafiaban las

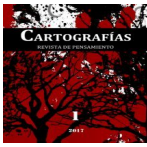


prohibiciones de la ley sexual –piénsese en un Oscar Wilde, por ejemplo. Y aparece “la multitud sombría compuesta por pequeños perversos, a quienes sus preocupadas familias envían a los psiquiatras detentadores de las normas”². Iglesia, Justicia y Psiquiatría son policías del sexo, instancias controladoras, poderes más o menos sádicos, pero sobre todo morbosos. El sexo, en Occidente, ha quedado enredado en las redes del poder y del saber: del poder a través de un supuesto saber, dice Foucault. No es casual, al fin y al cabo, que todo ese proceso haya desembocado en una revolución sexual: se ha dejado de culpabilizar al sujeto por sus prácticas o fantasías sexuales para pasar a culpabilizarlo por reprimir su sexualidad.

Ars erotica versus scientia sexualis

Según Foucault, son posibles dos grandes procedimientos para producir la verdad del sexo, dos regímenes, dos articulaciones diferentes, entre poder, sexo y saber: el régimen del arte o el régimen de la ciencia. En Oriente se ha desarrollado una *ars erotica*; en Occidente, la *scientia sexualis*. Para el *ars erotica*, el saber que se extrae del sexo es un saber práctico, saber de cómo aumentar el placer. Ese saber es un secreto y el maestro lo enseña únicamente a los iniciados. El *ars erotica* gira en torno al placer. En cambio la *scientia sexualis* gira en torno al deseo. No hay secreto, no hay iniciados, sino gran alboroto, preocupación constante y un montón de verborragia. El maestro no inicia, no enseña a gozar más, sino que interroga, escucha, descifra. Y modifica al sujeto: lo cura, lo libera, lo perdona, etc. El sexo se convierte en “sexualidad”. Así pues, por un lado está el templo de Khajuraho, el acto sexual en su dimensión cósmica, en armonía con el ritmo del universo; por otro lado, nos encontramos con Krafft-Ebing, Kinsey, Masters y Johnson, Shere Hite, etc. ¿Acaso esos “informes” no parecen estar hechos para leer con una sola mano? Finalmente hay un solapamiento entre esos dos regímenes; *ars erotica* y *scientia sexualis* quedan emparentados en Occidente, porque la *scientia sexualis* desarrolla un nuevo placer: el placer de hablar de sexo.

Ahora bien, hay que relativizar la expresión “voluntad de saber”, dice Foucault. Lo que parece haber es más bien una voluntad de *no* saber, porque la *scientia sexualis* en cuestión, en comparación con la auténtica ciencia, es una aberración epistemológica.



Basta para convencerse de ello con echar un vistazo a las disquisiciones pseudocientíficas sobre los prejuicios fisiológicos que causa el onanismo.

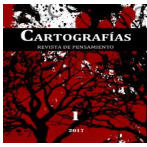
La sociedad occidental, una sociedad perversa

Queda patente, según Foucault, a la vista de la dialéctica de prohibición e incitación al sexo y del régimen de confesiones y pseudociencia, que “la sociedad occidental moderna es básicamente perversa. No lo es a despecho de su puritanismo o como contrapartida de su hipocresía, sino que es perversa directa y realmente”³. Foucault acaba la obra *La voluntad de saber* diciendo:

Quizá algún día la gente se asombrará. No se comprenderá que una civilización tan dedicada a desarrollar inmensos aparatos de producción y de destrucción haya encontrado el tiempo y la infinita paciencia para interrogarse con tanta ansiedad respecto al sexo; quizá se sonreirá, recordando que esos hombres, que nosotros habremos sido, creían que en el dominio sexual residía una verdad al menos tan valiosa como la que ya habían pedido a la tierra, a las estrellas y a las formas puras de su pensamiento; la gente se sorprenderá del encarnizamiento que pusimos en fingir arrancar de su noche una sexualidad que todo –nuestros discursos, nuestros hábitos, nuestras instituciones, nuestros reglamentos, nuestros saberes– producía a plena luz y reactivaba con estrépito. Y el futuro se preguntará por qué quisimos tanto derogar la ley del silencio en lo que era la más ruidosa de nuestras preocupaciones⁴.

Avatares de la verdad del sexo después de *La voluntad de saber*

Han pasado ya cuatro décadas desde la publicación de *La Historia de la sexualidad* de Michel Foucault y de este artículo en *Le Monde*. La sociedad occidental no ha dejado de interrogar con “infinita paciencia” y “ansiedad” al sexo, convertido ya hace tiempo en “sexualidad”. Se ha desarrollado “la sexología” como “ciencia interdisciplinar” e incluso se ha investigado y arrojado al mercado toda una farmacología sexual. El cuestionamiento se ha desplazado desde el deseo, la pregunta por el objeto del deseo sexual, es decir, por la orientación sexual, hacia la pregunta por la identidad sexual de

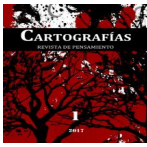


los sujetos. ¿Soy un hombre en un cuerpo de mujer, una mujer en un cuerpo de hombre, ni lo uno ni lo otro? La identidad se hace depender finalmente de un *feeling* interior, en lugar de la anatomía. La transexualidad es el núcleo de las preocupaciones de la *scientia sexualis* actual. Mientras tanto, el mercado busca las formas de rentabilizar una *ars erotica* para la plebe, con mejunjes y chismes de *sex shop*.

Occidente y la verdad del sexo desde la perspectiva lacaniana

Desde el punto de vista lacaniano, la verdad del sexo es que no hay verdad, precisamente. Para Lacan, no hay relación sexual para el ser parlante, es decir, hay un *impasse* sexual. Por lo demás, la verdad nunca se puede decir toda⁵. La relación del ser humano con el sexo es siempre una relación problemática. La sexualidad es lo que no funciona, por definición, para el neurótico. El neurótico siempre reprocha a la cultura, a la religión o al padre, la pérdida de goce. Esta es su forma de hacer existir al Otro —con O mayúscula. Pero la pérdida de goce solo se debe, en el fondo, al lenguaje; el *impasse* sexual tiene su origen en el lenguaje. El animal no ha sido sujetado por el lenguaje, por lo que su satisfacción, su goce, quedan protegidos de la corrosión que impone el lenguaje al placer. El lenguaje nos abre la puerta a una variedad de satisfacciones y formas de gozar inconcebibles fuera del lenguaje: no hay animal que goce del cine de Sorrentino, ni de la poesía de Borges, ni de descifrar un texto de Hegel. Pero los sofisticados goces a los que accedemos por nuestra condición de sujetos parlantes son una especie de indemnización por lo que el lenguaje previamente nos quitó. Desde el momento en que el lenguaje se apoderó de nosotros, nos arrebató la posibilidad de disfrutar plenamente de lo que acaece sin su interposición. Disfrutar plenamente de algo sin la interposición del lenguaje quizá sea disfrutar más. Pero lo cierto es que para nosotros, sujetos del lenguaje, sujetados por el lenguaje, habitados por él y subordinados a sus leyes, disfrutar sin interposición del lenguaje es una dimensión radicalmente inaccesible, perdida para siempre sin haberla conocido nunca.

“No hay relación sexual” no significa, por supuesto, que no haya actividad sexual, la cual prolifera manifiestamente sin cesar. Quiere decir que no hay complementariedad naturalmente asegurada de la pareja, para el sujeto parlante, para el sujeto capturado,

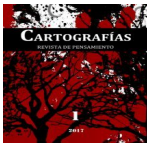


sujetado, habitado por el lenguaje. En la naturaleza sí hay relación sexual. En la naturaleza los animales encajan entre sí como piezas de un rompecabezas. En la sexualidad humana, las piezas del puzzle no acaban de encajar. Siempre hay algo que sobra o que falta, que no acaba de funcionar, algún elemento tercero que estorba a la unión sin interferencias. Esta idea del *impasse* sexual no es una idea optimista. Es incluso políticamente incorrecta: resulta indecorosa para los venturosos, los orgullosos y los esperanzados.

El sexo, para Lacan, es del orden de “lo real” –término que Lacan utiliza a contramano, designando con él lo que no puede capturarse en las redes de lo simbólico, la urdimbre de las palabras, lo lógico, aquello que precisamente resulta inasimilable para el animal simbólico. Que el sexo sea real quiere decir que es siempre más o menos traumático. De allí que se lo intente inscribir en lo simbólico una y otra vez. “El *impasse* sexual segrega las ficciones que racionalizan lo imposible del que proviene”⁶. Así que tanto la *scientia sexualis* como la *ars erotica* están abocadas a un cierto fracaso, fracaso que, por otro lado, no es más que el sello de nuestra humanidad. En general, nuestra búsqueda un tanto obsesiva de la verdad está abocada al fracaso. Conviene precisar, no obstante, que esta búsqueda de la verdad no es tanto un universal antropológico sino un rasgo específico de la cultura occidental. Y hay que reconocer que no es el peor de sus rasgos. Mejor una cultura enredada en la búsqueda sin fin de la verdad que una cultura que vive con la ilusión de estar en posesión de ella.

Notas

1. “Occident et la vérité du sexe” ha sido retomado en *Dits et Écrits*. París, Gallimard, 2001, vol. II, pp. 101-106.
2. GROS, Frédéric, *Michel Foucault*. París, PUF, 1996, p. 83.
3. FOUCAULT, Michel, *Historia de la sexualidad*, vol. I, *La voluntad de saber*. Madrid, Siglo XXI, 1977, p. 61.
4. *Ibid.*, pp. 191-192.
5. LACAN, J., *Le Séminaire. Livre XIX. ... ou pire*. París, Seuil, 2011, cap. 1. Más tarde Lacan agrega: «Ça paraît comme ça un peu zinzin, un peu effloupi. Il suffirait de baiser



Cartografías, núm. 1. “En busca de la verdad del sexo”, pp. 22-26

un bon coup pour me démontrer le contraire».

6. LACAN, J., *Télévision*. Paris, Seuil, 1974, p. 51.